

Del libro de cuentos

“esto debe ser el cielo”

LA JAURIA FANTASMA

FERNANDO AYALA POVEDA*

Después de noventa días, los legionarios comenzaron a caminar por el círculo del olvido. Poco a poco habían perdido las huellas del fugitivo y la costumbre de dormir. De un momento a otro la niebla terminó por abartirlos y desde entonces ya no supieron a quién buscaban con la costumbre del deber. Los riscos volcánicos de Santa Helena siempre los desconcertaba con sus oriflamas en permanente transfiguración. A veces se hallaban alzando pesadas rocas de manera inexplicable. Otras veces se encontraban aferrándose unos a otros sobre el filo del abismo. El reloj ni la brújula, la carta geográfica ni el radioteléfono respondían a sus llamados desesperados. En aquel reino el tiempo estaba cifrado en el rugido del tigre o en la terrible imprecación del trueno. Sólo las treinta y dos sombras del perseguido conocían sus signos y por eso él podía eludir las garras del asedio. Los camaleones con su lengua relámpago borraban las huellas de sus pasos y los árboles mimetizaban la hora de su sueño. Durante treinta años el inconquistable había sido dado de baja por los custodios del Señor cada veinticuatro horas. Después de su última muerte ficticia, los supremos decidieron cercarlo con un destacamento de diestros provenientes de su propia tierra. No obstante, hasta ahora, los rostros sombríos no tan sólo habían perdido la certeza de su misión sino también la identidad del hombre que rastreaban. Su-

* Novelista. Crítico literario. Profesor de la Universidad Central. Autor del nuevo libro sobre Historia de la Literatura Colombiana.

jetos al dolor de la neblina, ya no sentían los fusiles ni los pies. En realidad estaban desarmados, derrumbados a un palmo del perseguido, sin fuerzas para atraparlo.

Cuando su comunicación quedó anulada con el mando mayor, los legionarios intentaron abandonar Santa Helena con el poco recuerdo que aún les quedaba de las cosas. Franquearon pueblos donde no fueron reconocidos ni tuvieron memoria para hacerse reconocer. Frente a los espejos se sorprendían de su vejez y de su rara invisibilidad. Llamaban en las puertas de los puestos militares y nadie les abría. Dominados por el desdén y el hastío, regresaron a Santa Helena a continuar trazando el círculo del olvido como una suerte de alivio y de esperanza.

ZULIMA

*Viven del misterio en este hospital melancólico.
La penumbra es vaga y el dolor es lento.
Llegaron al pabellón por la fuerza del olvido.
Cuando han creído morir, Zulima viene y aparta
las tinieblas que los esfuma.
Nadie podrá entender cuánto le deben los hombres
de este hospital a la bella Zulima, a la hermosa.
Ella siempre los acompaña. Se viste de novia
y les promete amores mientras los médicos
les colocan el resucitador. Sin Zulima
la muerte sería una guerra ganada.
Pero Zulima les repite siempre, antes de marcharse:
"Voy a traerles flores frescas"
Y nadie, ninguno de ellos, se atreve a morir
sin despedirse de ella.
Por eso la siguen esperando como ahora.*

LA MUJER DE LOS PERROS

No conoció hogar ninguno. Jamás nadie le otorgó una caricia. Vivió de calle en calle como un fantasma. Fue violada por los ebrios y los gendarmes. Padeció las enfermedades, el insomnio y combatió el hambre con la resina del tabaco. Cuando envejeció, le dio abrigo a los perros de la calle y aprendió a dialogar con ellos en el frío de las madrugadas. Desde entonces se sintió menos sola. Todos aguardaron su muerte pero ella permaneció siempre joven en su vejez, siempre entre los ladridos enamorados de sus hijos verdaderos.

EL INDULTO

Ningún Condenado de Opherion había visto su rostro ni escuchado su palabra. Por eso, cuando el Señor de la Púrpura, anunció su presencia en la fuente

solar, los sentenciados a cadena perpetua, ayunaron entre la dicha y el terror, y, por primera vez, en sus años de tinieblas, besaron las arenas infames del desierto.

En la Séptima noche del cielo, el caballero de la Máscara convocó a la multitud y prometió el indulto al hombre que sedujera su corazón con una fábula.

Durante esa noche interminable, todos soñaron, menos uno. El delator soñó con treinta monedas de oro. La devota, con la cruz y la guillotina. El bibliotecario, con Mister Kurtz y Scherezada. El cabalista, con la rosa escondida. El geómetra, con los espejos aborrecibles. El ciego, con las calles temibles de Opherion. Todos soñaron, menos uno, hasta perder las raíces del sueño.

Al día siguiente, cada hombre se postró a la diestra del Señor de la Púrpura y le musitó al oído su fábula más dulce y más recóndita y más añorada. Todo fue inútil. Los condenados fracasaron, menos uno.

Entonces comenzó la exterminación.

La multitud que hasta aquella hora había vivido en la esperanza, renunció a ella y se consumió en el extravío de Opherion. Muchos de los sentenciados se estrangulaban con su propio cilicio. Los sordos se arrancaron los ojos. Los homicidas lloraron su remordimiento y su soledad.

Después de la Séptima noche del cielo, Opherion se convirtió en el lugar más glacial de la tierra. La hiedra ya no prosperó entre sus muros y las arenas del desierto se fosilizaron con la sal de los muertos.

Cuando comenzó el verano, el Señor de la Púrpura, llamó al último hombre. Arturo Zethelius se postró a su diestra contemplando los rayos didfanos de la fuente solar.

Al cabo de un breve silencio, el Enmascarado elevó en el aire su mano sombría.

—Señor —dijo Zethelius—, mi fábula es un deseo.

—Es mío tu deseo —respondió impenetrable el caballero de la Máscara—. Hazlo tuyo también.

—Anhele ver tu rostro, señor —susurró Arturo.

La petición fue cumplida. Y Arturo Zethelius erró durante la noche del desierto como un espectro, maldiciendo su propio rostro, dolido del corazón, buscando en los confines remotos de Opherion una pócima para aliviar su horror.

A la mañana siguiente, recibió el indulto. El Señor de la Púrpura lo acompañó hasta el límite del desierto, y al despedirlo le dijo: —Vete: ahora estás salvado.

Arturo Zethelius contempló todo lo perdido, todo lo olvidado, el primer oasis, las primeras muchachas, el sol en ocaso, las manzanas, las ciudades y las estepas.

Entonces habló así:

—Señor: no puedo partir. El temor de volver algún día a Opherion, me lo impide.